

ADOLF TOBEÑA

TALENTO DESPERDICIADO

BREVIARIO DE
DESATINOS EDUCATIVOS

ED LIBROS



Publicado por
ECONOMÍA DIGITAL, S. L.
Rambla de Catalunya, 98, 7è, 1a
08008 BARCELONA

© de esta edición
Economía Digital, S. L.

PRIMERA EDICIÓN: julio de 2019

COORDINACIÓN: Víctor Igual Molina

MAQUETACIÓN: Ignacio Juez

INFOGRAFÍAS: Pablo Delgado

IMPRESO EN: Bookprint Digital, S.A.

DEPÓSITO LEGAL: B. 18.358-2019

ISBN: 978-84-09-13307-9

ISBN E: 978-84-09-13308-6

Impreso en España - Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

CONTENIDO

1. Preámbulo. Talento y escuela	9
2. El paradigma Messi	17
3. Manantiales de creatividad	21
4. Inteligencia global	29
5. Motivación, apetito de logros y determinación	73
6. El igualitarismo empobrecedor	91
7. Disciplinar es instruir	107
8. Sacar a los padres de las escuelas	113
9. Psicopedagogía descarriada e invasiva	119
10. Maestros y profesores inspiradores	129
11. Infantilismos	135
12. Conclusión	139
Bibliografía	145
Agradecimientos	161

PREÁMBULO
TALENTO Y ESCUELA

El 14 de noviembre de 2013 amenicé la ceremonia anual de entrega de los Premios Educaweb (<https://www.educaweb.com/premios>), dictando una conferencia titulada «Orientar y estimular el talento espontáneo». El evento tuvo como escenario, en esa edición, el Palau de la Música Catalana de Barcelona en medio de un ambiente distinguido, con una sala repleta de público y una nutrida representación de autoridades culturales en las primeras filas, con la consejera de Educación del Gobierno de la Generalitat al frente.

La presentación de mi charla corrió a cargo de uno de los directores de ese portal educativo y tras agradecer mi disposición a contribuir, ya que se me había convocado a última hora al haber fallado otras opciones, el orador se permitió avisar al auditorio con indisimulada gravedad, de que el conferenciante arrastraba fama de provocador y que el contenido de la conferencia —que no conocía— probablemente se

acomodaría muy poco —o nada— al pensamiento y los valores propugnados por la organización.

Confieso que tuve la tentación, al ser invitado a comenzar, de dejar el sermón sin estrenar porque eso —el aviso censorador sobre un contenido potencialmente peligroso— no me había pasado nunca antes en mi larga experiencia como conferenciante. No lo hice así, sin embargo, aunque dejé constancia de lo inusual y desabrido de la fórmula introductoria. Preferí, por consiguiente, lanzar aquella perorata que se presumía tan amenazadora.

El libro que ahora se publica es una traslación al papel de aquella charla, con algunas gotas de ampliación y puesta al día del tema, pero sin desviarme del guion o los mensajes que lancé en poco más de media hora —el tiempo fijado de antemano—, en aquella velada vespertina.

La oportunidad de convertir la conferencia en un breve panfleto viene de la mano del director editorial de ED Libros, Félix Riera, que se encontraba entre los asistentes, junto a las autoridades, en su calidad de director de Catalunya Ràdio (la red de emisoras públicas de radiodifusión). Al parecer, captó bastante mejor que yo mismo el desasosiego que generó aquel discurso y en diversas ocasiones, a lo largo de los siguientes años, me había sugerido la necesidad de transformar-

lo en un documento escueto y manejable. Eso es lo que he tratado de hacer aquí.

El plan de la conferencia era sencillo: aprovechar la circunstancia de tener un selectísimo auditorio de profesionales y jerifaltes de la educación dispuestos a escuchar, para lanzar unos cuantos datos e ideas que pudieran remover, aunque solo fuera durante el rato que duró el discurso, el sacrosanto panorama doctrinal que guía y atenaza las labores pedagógicas desde hace décadas.

Seleccioné, para ello, los hallazgos de frontera más sustantivos sobre la carga genética y los engranajes neurocognitivos de la inteligencia y el carácter. Expuse, con la mayor incisividad que pude, lo que ello implicaba para los cauces a seguir y los objetivos a fijar por parte de los profesionales que deben lidiar con los alumnos a lo largo de todo el período de la escolarización obligatoria. Es decir, el gremio entero de los maestros y profesores que trabajan en primaria y secundaria.

El mensaje que llevaban los datos era directo y expeditivo: la escuela es muy importante para el horizonte vital de los pupilos, pero no es decisiva. La educación reglada tiene un papel ineludible en la formación de las sucesivas hornadas de candidatos a ciudadanos competentes y cultos, pero no es el factor crucial para los itinerarios individuales de cada cual;

ni lo es, tampoco, de los rendimientos profesionales y sociales que se consiguen alcanzar más adelante. La buena escuela cumple un papel formidable. Imprescindible, en realidad. Pero es tan solo un acompañante más. Un acompañante que puede ser magnífico, notable o mediocre, según los casos, aunque con una influencia secundaria para ir fijando el curso de las trayectorias personales de los alumnos.

Reconocer eso implica renunciar, de entrada, a las esperanzas de influencia omnímoda que se vierten, con invariable tozudez, sobre el trecho entero de la impregnación escolar. A una penetración moldeadora que se espera, de ordinario, que no tenga límites. Pero hay límites de muy diversa índole y reconocerlo cuesta porque, a pesar de los fracasos reiterados que van deparando las sucesivas reformas educativas, las expectativas de dar algún día con la fórmula correcta y universal no se disipan con facilidad.

Por eso comencé con tiento aquella prédica y decidí acudir al talento en el pórtico. Al espléndido e inagotable mosaico de pericias y habilidades que puede deparar cada nueva generación de alumnos. Sabía que los ingredientes que tendría que discutir, a continuación, no serían de fácil digestión y de ahí que conviniera acercarse a ellos poco a poco.

Este breviarío reproduce la secuencia y los contenidos de aquella charla con bastante exactitud. Han

pasado más de cinco años desde entonces, pero el farragoso y frustrante panorama doctrinal en pedagogía y la desazón general del gremio de educadores han variado muy poco o nada. De ahí que darle salida, a través de la edición en papel, quizá contribuya a desvelar algún interés. Por fugaz y transitorio que sea ya vale: se trata de ir dejando avisos que ayuden a futuros y bien orientados cambios de rumbo que, más pronto o más tarde, llegarán.

1.1 TALENTO Y ESCUELA

La primera obligación de la escuela es alfabetizar. Es decir, convertir a cualquier criatura por más distraída, juguetona o montaraz que sea, en alguien capaz de dominar, con solvencia, la lectura y la escritura en al menos un idioma; y en dominar, además, las reglas y los métodos de cálculo básicos con la precisión y la velocidad requeridas para manejarse, sin problemas, en los entornos con densa carga numérica y operativa de las sociedades tecnológicas actuales. Eso, inocular una instrucción sólida en leer, escribir, calcular y razonar, supone, de hacerse bien, un logro pedagógico enorme. Sensacional, en realidad. Lo es porque esas metas alfabetizadoras no deben darse de ningún modo por descontadas. Si, junto a ello, la escuela consiguiera inocular, de forma firme, el respeto habitual a

las normas de convivencia y a los demás ciudadanos, los rendimientos debieran considerarse óptimos. Alfabetizar y civilizar son, por tanto, las dos metas educativas primordiales. Las dianas preferentes del taller de juegos y deberes para la vida que son las escuelas.

Hay que partir de la base de que el entendimiento y el ingenio humano incluyen muchas habilidades que pueden florecer y desarrollarse sin necesidad de acudir a ninguna escuela. Por poner algún ejemplo, no es nada raro que los hablantes más precisos y armoniosos de un idioma sean analfabetos que dominan a fondo la expresión oral, por mera impregnación reiterada a través del contacto con los vecinos en sus aldeas remotas. Y tampoco lo es que haya artesanos que alcancen cimas de pericia y sutileza, en sus creaciones manipulativas, sin haber pasado por el aprendizaje sistemático de ningún oficio. El talento espontáneo que procura la biología de nuestra especie da para mucho, aunque no para todo.

La lectura, la escritura y el manejo eficaz de los números y las secuencias o inferencias lógicas hay que entrenarlos activamente, con considerable abnegación, durante prolongados períodos de tiempo. Requieren mucha ingeniería instructiva y a lo largo de bastantes años, quiero decir, porque los sustratos y las propensiones que aporta la «fábrica natural» garantizan muy poco en esos ámbitos. Y aunque es cierto que

algunas criaturas consiguen instruirse por su cuenta y sin maestro alguno, necesitan tener alguna herramienta a mano (textos, ábacos, calculadoras o computadores). Huelga decir que esos casos son excepcionales. Rarísimos, en realidad. La inmensa mayoría requiere, en cambio, una instrucción paciente, dedicada y continuada en el tiempo para alcanzar unos rendimientos que no siempre resultan óptimos y que, a menudo, parecen bastante menos que aceptables. Es decir, que prevalece la sensación de que hay un gran desperdicio o un insuficiente aprovechamiento, al menos, del talento disponible.

Ahí es donde emergen los grandes debates doctrinales porque esa costosa instrucción hay que «reglarla» y organizarla. Y no todo el mundo concibe esas reglas, ni desea aplicarlas, del mismo modo. Al contrario: las distancias entre las «ideologías pedagógicas» son formidables y se han convertido, de hecho, en uno de los componentes ineludibles para distinguir entre las familias políticas. Las derechas y las izquierdas, en sus cambiantes denominaciones y en los distintos puntos del globo, suelen promover unos «modelos educativos» claramente distanciados que sufren, a su vez, retoques incesantes que se ensamblan en leyes o informes de gran empaque y menguada durabilidad, porque los resultados se alejan, con tozudez, de los magníficos horizontes que auguraban, sea cual fuere el cóctel promulgado.

En ese embarrado y difícil terreno no me voy a meter, sin embargo, porque tiene muy poco interés a mi modo de ver y el asunto va para largo. Mis objetivos son más modestos y se quedan a las puertas de esos farragosos y eternos debates. Solo pretendo acercarme al conocimiento firme del que ya podemos disponer sobre las raíces del talento espontáneo y del instruido, así como de las maneras más plausibles para propiciarlos y estimularlos o, por el contrario, de entorpecerlos y desperdiciarlos. En la medida de lo posible intentaré, además, que los materiales que vaya discutiendo sean aplicables a cualquier tipo de talento, aunque no formen parte de los programas educativos más comunes y corrientes.

